

LOS ESPACIOS POLITICOS

HAY una considerable dificultad en discernir si gran parte de la culpa de la confusión política española actual se debe a la indecisión y falta de definiciones de los partidos o si, al revés, son los partidos víctimas de una amorfa que se limita a quejarse de sus abundantes problemas colectivos y sectoriales más que de la busca de una imagen concreta de Estado y de unas perspectivas de futuro que son las que suelen ofrecer los partidos políticos. En pura lógica, la responsabilidad habría que burcarla en éstos, si se acepta la idea leninista de que los partidos son la vanguardia de los movimientos (Lenin no la sostenía en plural, sino concretamente aplicada al Partido Comunista, pero la metáfora tiene ampliación legítima). Los partidos "en-cuadran", "organizan", los grandes grupos de una ideología afín. Pero están compuestos, dirigidos, ideados por personas, por ciudadanos, que en realidad no son ni pueden ser ajenos, individual y colectivamente, a una gran situación histórica y sociológica. Los partidos recién brotados a la luz pública en España, sobre todo los partidos de la izquierda —los demás estaban formados, en embrión o en formas no concretas, durante el imperio del franquismo—, en los que se mezclan una serie de tendencias. Desde las históricas, a veces precedentes a la guerra civil, muchas activas durante ella, pasando por las clandestinas, por las esferas de atracción de los distintos exilios —Francia, México...—, hasta las puramente actuales, de las que forman parte militantes formados en la emigración laboral —en distintos puntos de emigración—, sectores juveniles y sectores senatoriales, líneas autonomistas, cuestiones sexistas, procedencias de otros partidos, conversos recientes —con toda su carga de entusiasmo, a veces fanático—, individuos cansados a punto de abandono... Más una sed individual de cada uno de expresarse, de individualizarse, de discutir, causada sobre todo por la incomunicación de los largos años de dictadura que han desaprendido a contrastar pareceres, a asimilar opiniones de otros, a sumarse en colectivos. Añádase que las condiciones peculiares de la democracia en España —orden público, atentados, amenazas de regreso a la dictadura, avidez del partido del poder, etcétera— obligan muchas veces a tomar actitudes coyunturales. El pacto de la Moncloa, sea cual sea su valor y utilidad, ha contribuido en gran parte a este desdibujamiento de las personalidades de los partidos. Hay también una falta de medios y de tiempo en las esferas intelectuales para organizar seminarios, grupos de estudio, ateneos o casas del pueblo que se ocupen de temas doctrinales y de un concepto general de la vida y la sociedad: hay falta de medios para publicar revistas teóricas —a nivel de militante—

y los partidos políticos de la izquierda tienen, cuando los tienen, unos semanarios insuficientes, aún redactados y publicados muchas veces con heroísmo cívico por quienes los hacen, pero aún no han podido dar el salto a la prensa diaria. Tienen que utilizar diarios o semanarios de otro cariz —no doctrinal—, donde sus artículos aparecen en un contexto que puede ser desorientador para el militante.

HAY también escasa coincidencia en la ocupación del espacio político por parte de cada partido con los de partidos afines extranjeros. Por ejemplo, en Moscú el secretario general del PSOE, don Felipe González, parecía aceptar una posición contraria al ingreso de España en la OTAN, mientras durante su estancia en los Estados Unidos el secretario general del PCE parecía aceptar —al menos como hecho inevitable— la existencia de ese bloque militar y de las bases de Estados Unidos en el extranjero en tanto existieran bases soviéticas en el mundo. La posición de don Felipe González queda concretada en el comunicado conjunto de los dos partidos —PSOE y PCUS—, en el que se determina que las delegaciones "han reafirmado los criterios de sus partidos acerca de la necesidad de superar la división del mundo contemporáneo en bloques políticos militares contrapuestos, así como su ampliación". La posición soviética contra la ampliación es muy conocida: es una forma de congelar la OTAN y el Pacto de Varsovia en su punto

actual, hasta que sea posible su disolución. En realidad, los dos partidos, PSOE y PCE han expresado varias veces en España la posición más correcta, que es la que sin duda siguen manteniendo: la de que el tema del ingreso de España en la OTAN es algo que debe debatirse ampliamente en las Cortes y, en su caso, ser llevada a referéndum, porque es un tema que afecta a todo el pueblo español.

SIN entrar en el análisis de esta contradicción, y sabiendo de sobra las reservas que tanto don Santiago Carrillo como don Felipe González dan a estas tomas de posición internacionales, aparece la contradicción en cuanto se compara con otras situaciones respectivas en países extranjeros. Por ejemplo, en Francia, el Partido Socialista es atlantista, y el PCF es contrario. El jueves de la semana pasada, "L'Humanité" acusaba a Mitterrand de atlantista por dos artículos publicados en "Le Monde" —14 y 15 de diciembre—, con el título de "Una estrategia para el desarme". "Las razones que invoca —decía el escritor comunista Yves Moreau refiriéndose a Mitterrand— no tienen nada que ver con las verdaderas exigencias de la defensa nacional; se trata, según él, de 'no irritar al Ejército' y de 'no inquietar a los aliados ansiosos'; como se ve, no es una política militar digna de credibilidad". En España, las posiciones del PSOE y del PCE están invertidas.



En un año, Santiago Carrillo ha conseguido, a base de audacia y de realismo, mantener una atención continua en el extranjero, el respeto y la admiración de la UCD y una indudable adhesión de los dirigentes y notables de su partido. En la foto, el secretario general del PCE junto a Josip Broz Tito, en Eslovenia.



En la URSS, Felipe González, al que vemos con Alfonso Guerra en el despacho de Lenin en Leningrado, pareció adoptar una posición contraria al ingreso de España en la OTAN.

CIERTAMENTE se está viendo que, por lo menos desde las elecciones, los partidos políticos van asentando algunas posiciones. Estamos ya lejos de lo que la derecha alarmista llamaba entonces "la jungla de las siglas", recreándose, como es su norma, en el exceso de pluralidad de opiniones y en la multiplicación de los partidos políticos. No siempre este reajuste ha sido natural, y especialmente penoso que algunos partidos se hayan quedado en la cuneta electoral, o fuera del Parlamento, privados de muchos medios necesarios de conocimiento y acción sobre el país. Pero desde un punto de vista de orden, el aspecto de tela escocesa que tenía el panorama político ha ido desapareciendo. Queda todavía mucha lucha abierta por el espacio político. Es dura, en este aspecto, la lucha por el ámbito entre el PSOE y el PCE, probablemente mejorada por algún tiempo con la reciente entrevista de sus secretarios generales. En la derecha, la lucha está configurada por el poder. Varios partidos con opciones europeas y con originalidades que ofrecer se han disgregado dentro de la UCD, la cual disputa o roba temas a la izquierda y a la derecha utilizando su fuerza. La más espectacular de esas aventuras es la de Alianza Popular, que no encuentra su hueco. Corre desde una extrema derecha a un centro izquierda, y en todas partes encuentra ya alguien sentado y hablando. En estos ejercicios pierde prestigio y credibilidad. Esta posición incómoda la debe a varias causas: a la participación de algunos de sus dirigentes en el Gobierno continuista de Arias Navarro; a las diferencias considerables de sus principales dirigentes, que en tiempos fueron enemigos entre sí; a la horrible derrota electoral, más horrible aún por la fe que tenían en un triunfo considerable, y al exceso de coyunturalismo. Más los defectos propios de todos los partidos actuales, antes comentados: los de falta de doctrina y programa

coherente. Si Alianza Popular se mantiene hoy, lo debe sobre todo a un hombre realmente "inasequible al desaliento" —sin ninguna ironía en la frase— y con carácter de fuerza de la naturaleza: el señor Fraga Iribarne. Pero no hay que perder de vista a Alianza Popular: cuando haya elecciones generales, si los datos esenciales del país no han cambiado, puede recoger un gran número de decepcionados de la UCD, que maltrata continuamente a sus electores de la derecha burguesa, de las clases medias. En este sector se está creando una amplia idea, muy fuerte, de su estado de indefensión. Si las clases más altas se defiesden por sí mismas y por el respeto que inspiran al Gobierno, si las clases populares tienen sus sindicatos y sus partidos que, con todas las indecisiones y las luchas intestinas que están mostrando, tienen como misión defenderles, las clases medias que creyeron en la UCD, desde los profesionales a los empresarios pequeños y medios, han sido aplastados por la fiscalidad del Gobierno y por los planes de austeridad. Alianza también podría recoger a aquellos que están rebotados de la extrema derecha, porque no aprueban las formas de violencia y de destabilización.

COMO podría ocurrir que una izquierda moderada que aceptó la UCD el 15 de junio estuviera trasvasándose ya al Partido Socialista. Es indudable que este partido es el eje sobre el que va a girar la política española del próximo futuro, si no suceden acontecimientos extraños. Si consigue superar su confusión interna. Prácticamente, todo el diagnóstico que sobre el confusionismo inevitable en el interior de los partidos de la izquierda hecho al principio de estas líneas podría aplicarse al PSOE, con la advertencia de que hay indicios de recuperación. El presidente del Partido Socialista Popular, señor Tierno Galván —víctima de otra triste aventura electoral y de un ma-

niobrismo dentro del Congreso— ha acusado una vez más al PSOE de la falta de unidad, en sus declaraciones al regreso de Costa Rica—. "Hablamos todos de unidad socialista, pero nadie da un paso, y no por nuestra culpa, porque debían ser los partidos poderosos los que la potenciaran", y esto es "un aspecto más de la frivolidad de la clase política española". La verdad es que el PSOE tiene en sus manos una situación de oro. Las mismas reservas con que ha accedido al pacto de la Moncloa —sin dejar de sumarse, pero con un "pero..."—, la credibilidad internacional y el punto de coincidencia de muchos intereses de la izquierda moderada le dan una situación de privilegio. Sobre todo, el número de votos, que podría ver incrementado en unas elecciones generales, y probablemente en las municipales. Sus propuestas en las Cortes, dentro de las Comisiones en las que participa, aunque sean inevitablemente derrotadas, tienen un carácter de iniciativa y una definición de principios que sustituye a la vacilación doctrinal y programática. Parece que esta posición activa y este deseo de ganar por la mano a la UCD le ha valido ya lo que se llama un empeoramiento de relaciones con el partido gobernante, que algunos comentaristas creen que va a terminar por disolver "el espíritu de la Moncloa" (Joaquín Prieto en "El País", 17 de diciembre): uno de los enfrentamientos más abiertos ha sido el de la reunión constitutiva del Consejo Rector de la Televisión y la Radio, inundado por la UCD, con su enorme desparpajo por ocupar puestos y presidido por un hombre del señor Suárez. Todo ello es beneficioso para el PSOE en cuanto a imagen pública.

EL PCE, por su parte, tiende a invadir el espacio político del PSOE. Lo que ha conseguido hasta ahora es convertirse en un gran instrumento político. Parece mérito personal del señor Carrillo, que ha conseguido en un año —desde la famosa detención "de la peluca"— hasta nuestros días mantener una atención continua en el extranjero, el respeto y la admiración de la UCD y una indudable adhesión de los dirigentes y notables de su partido. Lo ha hecho a base de audacia y de realismo. Se dice que en los últimos tiempos el PCE está viendo aumentar notablemente el número de intelectuales adheridos o simpatizantes, sobre todo en los medios universitarios. Aunque este material humano es difícil de utilizar y resulta, a la larga, veleidoso. Pasa del fanatismo al desencanto con una sensibilidad barométrica. Parece que el PCE tiene una gran confianza en las elecciones municipales. Con razón. Estas y las sindicales, donde se va a desarrollar la gran pugna entre Comisiones y UGT, ayudarán mucho a dibujar el panorama político del porvenir.